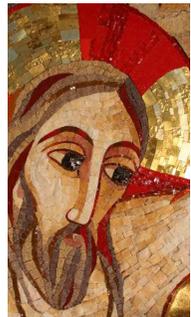


Es largo el camino a la tierra prometida

(las serpientes venenosas)

- Además en esta cruz contemplamos al Hombre que no se dejó envenenar por la serpiente, el que en el desierto de la vida confió siempre en Dios y vivió para crear una tierra prometida a su alrededor: con su obediencia a Dios y con su misericordia hacia los demás, finalmente con su perdón mientras le quitaban la vida y confianza en Dios cuando parecía abandonarle.

- Allí finalmente venció a la serpiente y nos ofrece su Espíritu para que la vencamos también nosotros con misma fe y su mismo amor en las contradicciones que hemos de sufrir hasta alcanzar la vida prometida.



4. Ahora interpreta tu vida desde el texto, partiendo de la frase de Juan: *Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna (3, 16).*

a) Busca dónde tu confianza en Dios es tentada por las cosas que te pasan: que no tienes, que deseas, que necesitas... y no llegan a tu vida.

b) Busca dónde tu acción es tentada de abandonar los caminos del Señor, su voluntad, y se vende para conseguir algo que tú quieres o sientes necesitar en un momento determinado.

c) Mira de frente la tentación y el pecado que te habita en este sentido y pide al Señor la fe y la fuerza para caminar en las contradicciones de la vida. Solo Él lleva nuestra vida hasta el final como nos hace saber la resurrección de Cristo. El *Otro* (todo el que promete darnos la vida plena aquí y ahora) siempre, antes o después, nos abandona dejándonos solos con nuestra propia pobreza.

5. Permanece en presencia de Dios con la idea, palabra, sensación, sentimiento que te haya calado más hondo en la oración. Luego **termina con el Padrenuestro.**



El paso por el desierto, el camino entre Egipto y la tierra prometida fue para Israel un itinerario tipo del camino que debía realizar continuamente como pueblo de Dios. En él podía reconocer la continua llamada misericordiosa de Dios y sus trabajos por liberarle y darle vida, al igual que su dureza de corazón y sus ataduras perversas al pecado de las que era necesario liberarse.

En la espiritualidad cristiana se ha convertido en uno de los centros del itinerario cuaresmal donde el creyente debe reconocer sus propias tentaciones y aprender a luchar contra ellas mientras espera que Dios lleve a término su promesa de vida (manifestada en Cristo resucitado).

Te proponemos que te detengas en una de las etapas de este itinerario recogida en Num 21, 4-9. Eres tú mismo quien tendrás que llenar de contenido la escena meditando ante Dios sobre tu vida y la vida de los que te rodean.

1. Pide al Señor que te guíe en tu oración.

2. Lee el texto despacio, fijándote en todos sus detalles.

Los israelitas partieron del monte Hor camino del mar de las cañas, rodeando el territorio de Edom. En el camino, el pueblo comenzó a impacientarse y a murmurar contra el Señor y contra Moisés, diciendo:

- ¿Por qué nos habéis sacado de Egipto para hacernos morir en este desierto? No hay pan ni agua, y estamos ya hartos de este pan tan liviano.

El Señor envió entonces contra el pueblo serpientes venenosas que los mordían. Murió mucha gente de Israel, y el pueblo fue a decir a Moisés:

- Hemos pecado al murmurar contra el Señor y contra ti. Pide al Señor que aleje de nosotros las serpientes.

Moisés intercedió por el pueblo, y el Señor respondió:

- Hazte una serpiente de bronce, ponla en un asta, y todos los que hayan sido mordidos y la miren quedarán curados.

Moisés hizo una serpiente de bronce y la puso en un asta. Cuando alguno era mordido por una serpiente, miraba a la serpiente de bronce y quedaba curado.

2. Meditar el texto:

a) El pueblo está a mitad de camino, entre Cadés y Moab. Ha sentido ya la sed y su falta de confianza, y se ha quejado a Dios. Además ha tenido que luchar contra el rey de Edom que les niega el paso (Num 20). El pueblo va teniendo pequeñas señales de la compañía protectora y guía de Dios, pero la tierra prometida no se atisba. Entonces empieza a **impacientarse**.

b) Esta impaciencia le lleva a la **murmuración**, que consiste en compartir con otros las dudas, las sospechas y los peores sentimientos que va creando en el pueblo un esfuerzo que parece no tener los resultados que se habían imaginado.

c) La murmuración hace que estos sentimientos se hagan más grandes y que **desaparezcan del campo de visión** los signos dados por Dios. Estos aparecen sin valor, porque no se adaptan a los que el pueblo pide con impaciencia.

d) El maná dado de continuo y el agua recibida poco antes dejan de tener valor porque son demasiado poco para el pueblo que **quiere la tierra prometida ya**.

e) Entonces aparecen **las serpientes que envenenan la vida y traen la muerte**. Cuando no se tiene todo aparece la sospecha de que alguien nos lo quita y entramos en el conflicto con todos (Recordar el texto de Gn 3, 1-7 y de 4, 1-8). El pueblo quiere una vida sin camino, sin esfuerzo, sin lucha, sin dolor, sin... y aquí nace la idolatría, se somete a quien da repuesta inmediata a sus deseos aunque le haga perder la verdad y la honradez de la vida. Esto es lo que el pueblo ha experimentado en su historia y proyecta sobre este texto del libro de los Números. La serpiente representa a los ídolos de todos los tiempos que conceden los deseos por un tiempo pero a cambio de quedarse con el alma (con su verdad y bondad, Mc 8, 36 y Lc 12, 4)

f) El remedio es **mirar de frente lo que envenena la vida**: la impaciencia (querer todo sin tiempo, sin contradicción, sin espera...), la murmuración (criticar todo cuando no coincide con lo que espero o necesito) que tiene detrás la sospecha sobre Dios y sobre los demás y que la refuerza creando una vida hostil. El remedio es ver la verdad: es la serpiente y su mentirosa promesa de vida la que nos roba la vida.

g) Además esta serpiente se contempla en **la cruz de Jesús** (Jn 3, 14-16).

- En esta cruz se ven las consecuencias de no aceptar a Dios y sus mandatos para andar por este desierto de nuestra vida: siempre alguien muere, primero los otros bajo nuestros deseos, luego nosotros bajo los de los demás, y con todos Dios mismo, crucificado en un mundo que creó para llevarlo a la vida (Jn 19, 37).